

LOS DIOSES SABRAN

Al llegar a la gran plaza entrecerraron los ojos por unos instantes y dejaron que el sol les inundara la vista, tras haber pasado por callejones y pasadizos tan estrechos que el sol no llega al suelo y donde las chozas están tan cerca unas de otras que no es necesario utilizar las puertas para ir de una vivienda a otra porque basta con saltar de ventana en ventana. También al contrario que en los callejones donde el olor a excrementos, a ratas muertas y grog rancio acompañaba a los transeúntes en la plaza los olores eran intensos según por donde se andara. No es que aquí no hubieran excrementos, pero en los puestos de comida el olor a rata se difuminaba con los efluvios de mil guisos. Los puestos de crepes con cangrejos de río y gambas o de setas zombrero loko. Muslitos de rata a las hierbas, ratas rebosadas en harina y huevo de codorniz o con queso y mendrugos, ratas marinadas, ratas empanadas, ratas rellenas con pasas, coles y calabaza, o las deliciosas brochetas de rata y enano, con cebollas, tomate, pimientos y papas. Aquí y allá el olor del tomillo, del laurel, de la pimienta, el perejil, el clavo, la cayena y mil condimentos se mezclaban con el delicioso olor del Grog en barrica que se dispensaba en varios puestos de bebidas.

La plaza era inmensa, el mayor espacio abierto de todo el poblacho dentro del recinto amurallado. Y ganaba sitio tras cada incendio originado en los puestos ambulantes de comida. La llamaban Plaza de las Ejecuciones, y no era por capricho, pues en ella todas las tardes se procedía a ejecutar a los reos que habían sido condenados por alguno de los infinitos delitos penados con la pena capital en la Horda. Desde aguar el Grog, delito muy grave, hasta hacer trampas con los dados o a las cartas. En el centro de la plaza se alzaba un patíbulo donde se colgaban a los reos, y a su lado un espacio ennegrecido que estaba destinado a ejecutar a los reos por herejía. A éstos se les quemaba para purificar sus almas aunque en realidad era para diversificar el espectáculo. La guardia de la ciudad llevaba a primera hora de la mañana a los reos y los encadenaba a unas columnas que rodeaban el recinto de ejecuciones, allí hasta la hora de la ejecución cualquiera podía arrearle con lo que tuviera a mano teniendo mucho cuidado de no matar al reo bajo el castigo de ocupar su lugar.

A estas horas de la mañana tres reos aguardaban para cumplir su sentencia mientras un grupo de chiquillos se dedicaba a lanzarles piedras desde una distancia prudencial. Dos de ellos habían sido condenados por intentar robar un artefacto al Archimago de la Torre de Lugash, los muy infelices no fueron capaces de burlar las defensas mágicas que guardaban la Torre. El tercero había sido condenado por alta traición, fue apresado en uno de los tugurios de la ciudad mientras lanzaba proclamas contra el Gran Señor de la Horda y su régimen de tiranía. La guardia había conseguido sacarlo del tugurio antes de que la clientela lo linchara y ahora presentaba un aspecto lastimoso y en cualquier otro lado que no fuera una ciudad de Orcos hubiera despertado compasión, pero aquí sólo provocaba risas. El reo era el profeta de Jho-Vah perteneciente a un extraño culto y ahora el único acólito registrado en la Horda tras la muerte del Zumo Sazerdote en extrañas circunstancias donde se unía el Grog, el metezcalt y unas esclavas enanas.

Tor-Wuaki y Gruntz se pararon a observar a los condenados que encadenados a las columnas soportaban con resignación las afrentas que sufrían de los airados ciudadanos; que todo hay que decirlo hacían válido el dicho humano “la justicia emana del pueblo” aunque a estos el emano se les iba un poco. Gruntz le atizó a los ladrones

con la funda de su kukri en las costillas, una hermosa manufactura de madera de roble con engarces de oro y plata y ribeteado de acero por los bordes.

-¿Porqué no le atizas al Profeta? –Preguntó el Gran Orco-.

Entre los Orcos se consideraba la alta traición como el delito más grave de todos, porque suponía atentar contra todos los miembros de la Horda, su estatus como conquistadores, su libertad y su modo de vida.

-Porque ese tipo me da mal rollo. Un tipo como él no puede ser normal, yo creo que lo mejor sería empaquetarlo y enviarlo a la ciudad enana más cercana y que se lo ventilen ellos.

-Normal desde luego que no es, ¿pero enviarlo a los taponez?. Un tipo que ni los dioses lo quieren no se lo enviaría ni a mi peor enemigo. Aunque si sirve para librarnos de él tal vez no sea mala idea. –Tor-Wuaki siguió su camino hacia la taberna con aire ligeramente pensativo-.

Continuaron sorteando puestos entre el caos organizado que era el mercadillo improvisado en la Plaza. Entre orfebres que ofrecían esmeraldas talladas, circonios de la selva de Klenk, marfiles de las estepas del Oeste, rubíes del otro lado del mar de las lejanas islas Turquesas. Puestos de armeros con kukris de gala y guarda de cuero grabado con filigranas de oro, plata y cobre, cimitarras con berilios y circonitas engastados en la cruz de la empuñadura. Los tenderetes de chamanes y curanderos ofreciendo mil hierbas diferentes. Hojas de Aollin recolectadas en las profundidades de las cuevas que sirven para curar heridas, raíces de Kurarek de los pantanos septentrionales que permite elaborar un antídoto válido para cualquier tipo de venenos, semillas de zappok que trituradas y disueltas en un poco de grog permite al alma viajar por los planos superiores.

Esquivaron a un vendedor de lobos de batalla, que paseaba su mercancía en medio del barullo de la gente y se pararon a observar un tenderete que exponía un montón de jaulas con extrañas aves de colores, picos largos y anchos, crestas emplumadas que silbaban en mil trinos diferentes. Gruntz preguntó cuanto valía una de aquellas gallinas de colores pero sólo obtuvo un bufido indiferente del vendedor.

Tras los tenderetes de los armeros había un tugurio y hacia allí dirigió sus pasos el Señor de la Horda tras sortear a los transeúntes que abarrotaban la plaza. No había ni una mesa libre en todo el local pero un enorme Ogro Segurata lanzó por la ventana a unos humanos que miraban distraídamente por la ventana mientras acariciaban sus jarras de meados de vaca o cerveza como solían llamarle los humanos. Tor-Wuazi se sentó en la mesa haciendo un gesto de agradecimiento al ogro y mirando con asco las jarras que habían dejado los humanos en la mesa. Gruntz se sentó al otro lado de la mesa, lanzó las jarras de cerveza por la ventana y colocó sobre la mesa una jaula con uno de los extraños pájaros de colores.

-Algún día habrá que tomar medidas contra este líquido demoníaco –Gruñó el Gran Orco- Seguro que los humanos se han lanzado por la ventana por culpa de los efectos secundarios de la bebida.

-Y yo creo que el Ogro también ha ayudado algo –Contestó Gruntz-

-Ahora va a resultar que es culpa del Segurata y no de la ingestión de ese líquido. En este caso pediré para ti una jarra de meado de vaca.

-O tal vez el Ogro trató de impedir que saltaran por la ventana –Replicó Gruntz poniendo más esperanza que convicción-.

Una exhuberante camarera que se movía con la gracia de un mamut, y que posiblemente tuviera su mismo peso, depositó en la mesa dos barriles de grog mientras le dedicaba una sonrisa cómplice a Gruntz que se quedó observándola al alejarse bamboleando su enorme trasero entre las mesas y apartando a los clientes descuidados con el vaiven de sus posaderas. Tor-Wuazi dió un largo trago a su jarra y se quedó observando la extraña ave en el interior de la jaula que giraba la cabeza en redondo mientras subía y bajaba una cresta de colores a la vez que lanzaba unos graznidos espeluznantes.

-Gruntz, creo que han vuelto a estafarte. Este bicho parece poseído por un espíritu del Arallu. Fíjate como mueve la cabeza, sólo falta que te lance un vómito verde.

-Según el vendedor estas gallinas son capaces de aprender a hablar.

-Pues por la forma de graznar ésta ya ha aprendido el idioma de los enanos.

Gruntz se puso a jugar con el pájaro introduciendo un dedo entre los barrotes mientras esquivaba los picotazos. –Ooorco, Gruuuuntz- Decía mientras el bicho lanzaba sus espastosos cacareos. Tor-Wuazi no pudo más que menear la cabeza en un gesto de lástima hacia el pobre animal. Se echó otro trago y dio un vistazo hacia la sala donde lo más selecto de los bajos fondos del campamento se unían entre tragos de grog, peleas y conversaciones de lo más variopinto. De un lugar junto a la barra llegaban unas carcajadas que emitía un individuo alto pero enjuto, embutido en un abrigo blanco de piel de zorro del desierto, sucio como una pocilga, con plumas de arpías cosidas a sus bordes. Su cabeza estrecha pero con la frente amplia, calvo por donde quiera que se le mirara aunque solía decir que tenía unas pequeñas entradas...que le llegaban hasta la nuca.

Era el mago Gorovod, muy querido en la Horda, se le apreciaba más cuanto más lejos estuviera ya que todo el mundo conoce la natural desconfianza de los Orcos hacia la magia y aquellos que la practican. Aunque Tor-Wuaki desvió la mirada en cuanto tuvo la certeza de que era él, ya fue demasiado tarde. El mago le había visto y se encaminó hacia su mesa esquivando sin dificultad a la multitud que se apartaba ante su paso.

-Mi querido Señor, cuanto me alegra verte. Quería agradecerte la rapidez con que se ha celebrado el juicio de los insolentes que osaron entrar en mi Torre de Magia para cometer sus sacrílegos robos. ¿Puedo sentarme? –Preguntó acercando una silla de la que previamente había desalojado a un goblin-

-La verdad es que ya nos íbamos –Contestó Tor-Wuaki- visiblemente incomodado-

-Rrrroorkkkk, roooooorrrkkkk, RoooRRkkkOOOOkkkk-

-¿Ves amo?, ya casi dice orco. –Dijo alegre Gruntz-

-Calvo, calvo, calvo –replicó el pájarraco moviendo las alas y mirando de lado al mago-

-Maldito pájarraco –contestó enfadado el mago-. Y seguidamente le descargó un mazazo a la jaula con su vara mágica que aplastó el techo de metal de la jaula. –Es tuya este ave de mal agüero?-.

-Oh no, os equivocáis señor mago –Gruntz tragó saliva- La hemos comprado para acompañar las bebidas. -Y acto seguido abrió la jaula, sacó el pájaro por el cuello y le cortó la cabeza con su kukri-. Chata, guísame esta gallina para agasajar al mago y a mi Señor Amo- Le dijo a la camarera que se acercó a reponer los barriles de grog.

El mago ya se había sentado en uno de los bordes de la mesa y observó con ojos que saltaban chispas como se marchaba la camarera con el pájaro en la mano.

-¿Es ésta la varita mágica que intentaron robar en tu Torre?, no parece haber sufrido daños. –Preguntó Tor-Wuaki para distraer la atención del incidente con el pájaro de Gruntz-

-Oh sí. –Replicó el Mago esbozando una sonrisa maliciosa con su boca- Pero no es una varita mágica. –Y levantó el artefacto en alto para que se pudiera ver bien-.

A primera vista parecía una maza de guerra elaborada con un gusto entre dudoso y sofisticado. De un codo de largo y ancha como el pomo de una espada. No se adivinaba de qué material estaba elaborado, pero se notaba recia y maciza, no parecía de madera por la forma con que el mago la manejaba con dificultad. Se le veían vetas de costura de oro a lo largo de su empuñadura de cuero. La vara o cetro en su mayor longitud era lisa como un palo pero toda la aleación metálica de la que parecía estar elaborado estaba salpicado por incrustaciones de piedras preciosas. Zafiros, rubíes, esmeraldas, topacios, berilos, circonitas y cientos más que emitían un brillo de color cuando se exponían a la luz de las lámparas de aceite que iluminaban el antro. En su extremo superior sobresalía un adorno en forma de garra, con los dedos extendidos como si quisiera arañar el aire.

-En realidad es un aparato que inventé hace unos meses. Es un rascador de espaldas –alzó la extraña vara sobre sus hombros y comenzó a frotarse la espalda por debajo del abrigo de piel de zorro. Entrecerró los ojos y esbozó una sonrisa de satisfacción-. Estoy entrenando a mi acólito goblin para que aprenda a manejar el rascador pero es tan obtuso que me hace daño.

-Tal vez si le cortara las uñas a esa garra le haría menos daño –Dijo Gruntz observando la siniestra garra de la vara-

-En realidad es la garra de un ave Roc, y no me gustaría estropearla. Seguramente le encargue su manejo a una de mis esclavas elfas que son más delicadas.

-¿Tanta escandalera por un rascador de espalda? –Dijo Tor-Wuaki recordando la noche anterior entre el terror y la risa-

-Fue un error por parte de mis guardias –contestó el Mago- Estaban cenando cuando los ladrones entraron en la torre, habían dejado la puerta abierta para que saliera mi pequeño Skronk a mear fuera. Pero dieron la alarma en cuanto terminaron de cenar.

-Tú dirás lo que quieras. Pero si mis guardias ven pasar un intruso en mi choza-palacio mientras cenan y no dan la alarma al día siguiente sus cabezas adornarían la plaza de las ejecuciones junto con los intrusos.

-Pero tú sabes cómo se pone el sindicato de sicarios y guardias personales con estas cosas de los horarios de comida.

-Si los del sindicato dicen algo acompañarán a sus afiliados en las estacas. Seguro que con estas condiciones no dicen nada.

-Tampoco pasó nada grave, no fue más que una anécdota. Mi Daertak los espantó de la torre cuando los cogió con las manos en la masa.

-Tu elemental no sólo espantó a los ladrones, también provocó el caos en el campamento cuando se paseó por las calles aullando y matando a quien se le cruzara en el camino. –Protestó Tor-Wuaki muy airado-

-Los Daertak son muy celosos en su trabajo, y también es cierto que tienen algunos problemas para controlar sus tendencias homicidas. Pero hay que evaluar su efectividad, los ladrones fueron atrapados que es lo que importa.

-Atrapados...atrapados. En realidad fueron ellos los que se entregaron huyendo del Daertak –replicó Gruntz-.

Entretanto la camarera había regresado con nuevos barriles de grog y un plato donde humeaba el loro chamuscado en el horno y a medio desplumar. Los comensales dejaron de lado la conversación y atacaron al unísono la bebida, Gruntz sacó su kukri y de un tajo partió en dos el asado y luego con dos hábiles cortes laterales separó los muslitos y se los ofreció al nigromante.

-Muchaf gafiaf –murmuró el mago con el buche lleno de bebida y cogiendo los dos muslitos que le ofrecían-.

-Esta tarde también ejecutarán a ese extraño sacerdote profeta de Jho-Vah –indicó Tor-Wuaki-.

-Pues podrían ahorrarse el trabajo, todos sabemos lo que sucede tras las muertes de ese charlatán. –comentó Gruntz-.

-Lo que hace ese sacerdote no es nada del otro mundo, y te lo digo yo que practico la nigromancia desde hace muchos años. La línea que separa la vida de la muerte es demasiado tenue como para saber en qué lugar se separan completamente la una de la otra. Incluso una vez muerto es relativamente sencillo regresar del Otro Lado, tan sólo hace falta tener los ingredientes necesarios y recitar los versículos adecuados. Sin ir más lejos mi guardia personal está compuesta por zombis, y debo reconocer que salen más baratos que mantener guardias normales.

-Y seguro que no tienes problemas con su sindicato –sentenció Tor-Wuaki-.

La conversación derivó a otros derroteros entre tragos de grog y tras acabar con el loro, dieron buena cuenta de un enano relleno de queso. El sol ya se alzaba en su cénit cuando llegaron los postres: sesos de elfo gratinados cuando el nigromante se levantó de la silla dispuesto a marcharse.

-Mi Gran Señor de la Horda ha sido un placer pero debo retirarme, esta tarde tengo un pequeño encantamiento para atar un demonio menor y debo tener todo preparado antes de la medianoche. –Y sin más despedida se perdió entre la multitud que abarrotaba el tugurio-.

-brrrr...-exclamó Gruntz- la forma en que ha dicho “encantamiento” me ha producido un escalofrío.

-Y lo peor es que no ha dejado ni una moneda para pagar la comida, con este individuo siempre termino pagandolo todo. –gruñó el Señor de la Horda-.

Los dos Orcos continuaron trasegando Grog hasta que casi no se sostenían en pie, Gruntz terminó hablándole a la jaula donde había estado su gallina de colorines y Tor-Wuaki recibió un sonoro bofetón cuando pellizcó a la rolliza camarera en uno de sus jamones. Al caer la tarde salieron los dos a la Plaza para contemplar las ejecuciones, no sólo por espectáculo sino también por obligación. El Gran Señor de la Horda debía estar presente siempre que le fuera posible para que quedara constancia de que se hacía justicia. Tres limpios hachazos y las tres cabezas dieron de morros en el cesto, el matarife clavó las cabezas en las picotas, recogió los cadáveres y los depositó en un carro de mano y ayudado por un goblin lo arrastró hasta el vertedero donde los tiró. Un emjambre de ratas, perros, lobos asilvestrados y vagabundos acudieron en tropel a disfrutar del festín.

Tres días más tarde se presentó Gruntz en la choza de mando y tras los debidos saludos se sirvió un buen trago de grog.

-Hay alguna novedad que deba saber Grutz?.

-Esta mañana todo el mundo habla de los rumores que se han extendido sobre la salud del nigromante, aparte de eso no hay mucho más. Casi todos andan ocupados engrasando sus armas y puliendo sus armaduras.

-Siempre es agradable marchar hacia la guerra. Pero no puedo evitar pensar en los comentarios del nigromante en el tugurio el día de las ejecuciones, él que parecía reírse de la muerte y ahora parece que la muerte le toca a la puerta.

-Pues no parece que tenga mucha prisa en abrirle.

Al otro lado de la calle se oyó un grave murmullo y la multitud estalló en gritos. Todo el mundo corría hacia las murallas, y Gruntz y Tor-Wuaki corrieron tras la gente. Sobre el parapeto los niños y las mujeres lanzaban tomates, lechugas y piedras hacia una figura menuda que caminaba a una distancia prudente fuera del alcance de los tomates y las lechugas no así de las piedras que impactaban con un crujido sordo en su cabeza.

-¡¡¡ARREPENTÍOOOOS PECADOOOOOREEES, EL FIN DEL MUNDO SE ACERCAAAA!!! –vociferaba el profeta de Jho-Vah haciendo caso omiso de las pedradas-.

-Joder¡¡¡ -Exclamó Gruntz-. Ya está aquí este pesado otra vez. ¿Es que no va a parar nunca?

-Lo hemos descuartizado, degollado, quemado, decapitado, desmembrado, estrangulado, torturado y crucificado, flagelado, ahogado, lanzado a un precipicio, lapidado y no sé que más y aún así se empeña en resucitar. Estoy pensando seriamente en enviarlo con los enanos y que les dé el coñazo a ellos.

-Este sí que no tiene problemas con la muerte –dijo Gruntz-, es tan pesado que ni en el Arallu lo quieren y por eso a los tres días resucita. ¿Es que no lo aguantan ni los Espíritus Infames del Averno?

-Los dioses sabrán Gruntz. Los dioses sabrán.